

Javier ECHEVARRÍA, *Getsemaní. En oración con Jesucristo*, Barcelona, Planeta, 2005, 272 pp.

El subtítulo del libro es una descripción exacta de su contenido: sus casi trescientas páginas son como una oración en voz alta acompañando a Jesucristo en sus horas de agonía en Getsemaní, desde que llega al Huerto con sus discípulos hasta el prendimiento. *Getsemaní* es antes que nada una larga plegaria en unión con Jesucristo que, como recuerda san Agustín (*Comentario a los Salmos* [Salmo 60, 2-3], CCL 39, 766), es tentado y ora no sólo como Persona individual, sino como Cabeza nuestra.

Mons. Echevarría recuerda en el prólogo la experiencia de santa Teresa de Jesús que, al considerar la Oración en el Huerto, animaba al lector a seguir el ejemplo de Cristo. Escribe: “Vamos a proceder como Teresa de Jesús que, al contemplar la vida de Cristo, hallábase mejor donde le veía más «solo y afligido». «En especial –nos dice– me hallaba muy bien en la oración del huerto. Allí era mi acompañante. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido... Muchos años, las más noches antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración en el huerto... Y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé a tener oración sin saber qué era...»” (p. 12).

Rezar con Jesucristo lleva consigo acompañarle no sólo en la senda de su dolor, sino en su trato filial con Dios Padre y, en consecuencia, a aprender, uniéndose con Él, a hacer oración y, más en concreto, una oración propia de hijos de Dios. Son muchos los apartados que mons. Echevarría dedica precisamente a acercarse a las escenas de Jesús en el Huerto como modelo del rezar cristiano.

La oración de Jesús es amplia y profunda, insondable en la experiencia filial del Hijo. Es ahí donde pronuncia la palabra *Abbá*, y donde experimenta la oscuridad y

el miedo hasta el sudor de sangre, sin perder su decidida orientación filial, su rendida obediencia al Padre. Precisamente por esta “orientación filial”, esa oración de Jesucristo no sólo es inabarcable como su angustia, sino que es también un misterio infinito donde se revela con especial claridad su filiación divina, es decir, el misterio de su ser personal. Así la califica el prelado del Opus Dei en unas páginas de especial penetración teológica (pp. 29-32) puestas bajo el título de “el misterio de la oración de Jesús”. Se pregunta cómo sería la plegaria de Jesús y contesta: “Entraña un gran misterio, pero algo nos aclaran los Evangelios –precisamente al narrar el acontecimiento de Getsemaní, que nos disponemos a meditar– y san Pablo al mencionar aquellos «gemidos inenarrables» (cfr. *Rm* 8,26), que expresan la necesidad absoluta que el hombre tiene de Dios y que Jesús transmitió a los suyos instándolos a que no se durmieran” (p. 30). Los gemidos inenarrables de los que habla san Pablo proceden del Espíritu Santo que habita en nuestro interior, y que clama: *Abbá!* ¡Padre! (cfr. *Rm* 8, 14-17), es decir, nos hace vivir nuestra filiación divina.

A la luz de la oración de Jesús en el Huerto son más de una treintena los apartados en los que mons. Echevarría trata expresamente de la plegaria del cristiano. Entre éstos destacan los párrafos dedicados a mostrar la filiación divina como fundamento de nuestro trato con Dios. Y es que la oración de Jesús está fundamentada en su filiación de Unigénito del Padre. Por esta razón, “el diálogo del Redentor con el Padre es uno de los eventos más intensos de revelación del misterio de Jesucristo: revelación del misterio de su filiación divina –única y personal, trascendente, intratrinitaria–, vivida y manifestada en sus acciones y sentimientos de hombre que percibimos con una fuerza extraordinaria en esta escena” (p. 104).

Mons. Echevarría señala un hecho muy significativo: Jesús revela el misterio de su Persona con especial fuerza precisamente en aquellos momentos en los que deja entrever a los discípulos algo de su íntima relación con el Padre; esto sucede con expresividad en sus momentos de oración (cfr. por ejemplo, *Mc* 14,36; *Lc* 10,21-24; *Jn* 11,41-42). Jesús manifiesta aquí particularmente su conciencia filial y también su unión con el Espíritu Santo. El lector encuentra en estas páginas una profunda teología expresada con sencillez y al mismo tiempo con formulaciones precisas. He aquí un ejemplo: “La oración de Jesús se convierte así en uno de los lugares de máxima significación dogmática para abordar el misterio de Jesucristo, es decir, el misterio de la doble naturaleza de Nuestro Señor, la naturaleza divina y la naturaleza humana que subsisten, inconfusas e inseparables, en la unidad de la Persona divina del Hijo de Dios, Segunda de la Trinidad Santísima, el mismo Dios que el Padre” (p. 105).

El prelado del Opus Dei sabe poner al alcance del lector una densa teología formulada con exactitud. No sólo el apuntar a la oración de Jesús como uno de los momentos supremos de la revelación de su conciencia filial –cuestión que tiene mucha importancia en cristología–, sino también el adentrarse por el misterio de Jesucristo en el que se reconocen las afirmaciones del Concilio de Calcedonia (año 451) que señalaba cómo las naturalezas divina y humana están unidas en Cristo de modo inconfundible e inseparable.

La agonía de Jesús en el Huerto fue un pasaje concluyente en la solución de la cuestión monotelita, es decir, en la defensa que hace la Iglesia de la existencia de una doble voluntad en Cristo, la divina y la humana: es el texto clave que utiliza san Máximo el Confesor (cfr. F.M. Lethel, *Théologie de l'agonie du Christ. La Liberté humaine du Fils de Dieu et son importance sotériologique mises en lumière par Saint Maxime Confesseur*, Paris, Beauchesne, 1979). Mons. Echevarría parece tener presente esta página de historia de la doctrina cristiana en párrafos como éste: “Getsemaní pone de manifiesto, con una radicalidad sin par en los Evangelios –y con una perfecta coherencia entre los evangelistas–, cómo esa doble naturaleza traía consigo la presencia en Cristo de una doble voluntad: una voluntad divina y una voluntad humana. En la oración de Cristo resplandece, en el dolor y en la angustia, la perfección de la naturaleza humana de Cristo, que se expresa en los actos de su voluntad (humana)” (p. 105). Los ejemplos de formulaciones sobrias, accesibles al gran público, que manifiestan una meditación profundamente teológica podrían multiplicarse.

En muchas páginas de este libro, se percibe una gran atención a la relación del Espíritu y Jesús, especialmente, como es lógico, en sus momentos de oración: es el Espíritu el que impulsa a Jesús a pronunciar su *fiat*, pues “toda la Persona del Hijo dice referencia al Padre y al Espíritu Santo” (p. 29), Jesús acude a la cita de Getsemaní “con la fuerza del Espíritu Santo” (p. 108), Jesús da “gloria al Padre en el Espíritu Santo” (p. 178), exulta “en el Espíritu Santo” (ibid.). En definitiva, “todo el proceso de la oración de Jesús en Getsemaní nos traza la superación, por la fuerza del Espíritu, de aquella terrible tentación, hasta llegar de nuevo, también en el plano de la conciencia psicológica a la soberana libertad de la entrega total por la Redención del mundo” (p. 189).

Los sucesos de la Pasión del Señor son extremadamente dolorosos y, al mismo tiempo, están llenos de un gozo inenarrable, que brota no sólo de su divinidad, sino también de su santidad y de su amor (cfr. santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae III*, q. 46, a. 8). Ni la Divinidad del Señor debe hacernos olvidar la radicalidad de su sufrimiento, ni lo inmenso de su dolor debe hacernos olvidar su divinidad, su santidad y su libertad. Mons Echevarría, ya desde el comienzo del libro, está atento a esta paradoja: “Getsemaní. Horas de amargura humana para Jesús; horas de paz inefable en el hondón de su espíritu, porque cumple la Voluntad de su Padre. Unas horas éstas, las de la oración de Jesús en el huerto, que llegan muy al fondo del alma del cristiano” (p. 11).

El autor divide el libro en nueve capítulos que siguen puntual y ordenadamente la narración de los Sinópticos. Al hilo de esta narración, mons. Echevarría, que desea introducir a sus lectores por caminos de oración, la hace personalmente, intentando identificarse con Jesucristo en Getsemaní, aprendiendo de su oración a dirigirse a Dios Padre. Muchos son los temas teológicos y ascéticos que van surgiendo en su vagar amoroso por esta breve perícopa, dejándose llevar de lo que sugiere el texto y de las asociaciones de ideas que brotan del propio interior, de su conciencia, de sus recuerdos, que tantas veces se perciben también como mociones del Espíritu Santo.

Al leer este libro, la oración brota “en cauce manso y ancho” (cfr. san Josemaría Escrivá de Balaguer, *Camino*, n. 145), con profundidad y holgura. No nos encontramos ante un intento de sistematización teórica del misterio de la Oración en el Huerto, pero sí ante una consideración contemplativa de la oración de Jesús que tiene una unidad vigorosa. Esta unidad brota del objetivo que se ha propuesto el autor: rezar con Jesús. Brota también de la profunda coherencia del espíritu del Opus Dei, que aparece constantemente en cada página, y que se plasma en numerosas aplicaciones prácticas con la espontaneidad propia de la asociación de ideas hondamente vividas. Así van surgiendo con naturalidad, al hilo de la consideración de la oración con Jesús, temas como la filiación divina, la atención a la vida ordinaria, la importancia del trabajo, la grandeza de la perseverancia, el amor a Santa María.

San Juan de la Cruz advertía en el *Prólogo al Cántico Espiritual* que “los dichos de amor es mejor declararlos en su anchura”. Eso es lo que encontramos en este libro: una contemplación amorosa y sin prisas, “en anchura”, del misterio de la agonía del Hijo de Dios.

Lucas F. Mateo-Seco